
La llamada a la autenticidad individual en Ortega y Gasset

Mora Perpere / Universidad de Salamanca

> Resumen

Cuando se refiere a la vida del hombre, Ortega y Gasset sostiene que la misma es ante todo un proyecto que el hombre debe buscar conocer y cumplir si desea llevar adelante una vida auténtica. Sin embargo, considera, en la primera mitad del siglo XX nos encontramos con una compleja época en la que casi todos los esfuerzos van dirigidos a huir del propio destino, a evitar ser aquel que se tiene que ser. El hombre sigue la corriente y se deja arrastrar en cuestión de ideas, políticas, usos sociales, llevando adelante, inevitablemente, una vida inauténtica. En el presente trabajo se buscará, en primer lugar, repasar el concepto de autenticidad individual en Ortega y Gasset, y así, en segundo lugar, reflexionar acerca de la llamada que dirige al hombre del siglo XX a no llevar adelante una vida ficticia y frívola y a cumplir, en cambio, con su proyecto vital individual.

» *Ortega y Gasset, Autenticidad, Proyecto vital, Vocación, Destino.*

> Abstract

When Ortega y Gasset refers to human life, he argues that it is a project that man must try to know and accomplish if he wishes to have an authentic life. However, Ortega considers that in the first half of the twentieth century we are in a complex era in which almost all efforts are aimed to evade the own destiny, to avoid being the one each one has to be. Man just follow the crowd in relation to ideas, politics, social practices, carrying out, inevitably, an inauthentic way of life. In the present work I propose, first, to review the concept of individual authenticity used by Ortega y Gasset and, in second place, think about the call to authenticity that he addresses the man of the twentieth century, not to carry out a fictitious way of life but to, instead, fulfill his individual vital project.

» *Ortega y Gasset, Authenticity, Vital project, Vocation, Destiny.*

Recibido el 19 de septiembre de 2015. Aceptado el 12 de marzo de 2016.

> 1. Introducción

En 1940, José Ortega y Gasset dictó en Buenos Aires su conocido curso titulado *La razón histórica* (1940: 475). Fue allí, hacia el comienzo de la cuarta lección, donde afirmó que el tema de la autenticidad de la vida era el más antiguo de su pensamiento y, también, el más constante (1940: 527).

Cuando Ortega aborda el tema de la autenticidad, no restringe este concepto a un ámbito exclusivo de la vida del hombre. En efecto, hacia 1931 sostenía, por ejemplo, que la realidad misma es inauténtica: si no fuese así, insistía, todo contacto del hombre con las cosas sería ya posesión de la verdad (1931a: 582). Esta inautenticidad, comentaría posteriormente, radica en que la realidad es siempre producto de la actividad y labor de los hombres (1940a: 676). También hacia 1933, en las conferencias que impartió Ortega en beneficio del famoso Crucero Universitario por el Mediterráneo, se refería a la falta de autenticidad histórica como causa de una universal falsificación de la vida (1933: 16). Y en 1940, en el ya mencionado curso sobre *La razón histórica*, realiza una crítica a la inautenticidad de la vida política y la vida artística (1940: 527). Otro ejemplo podemos encontrarlo ya en 1949, cuando Ortega realiza una descripción de lo que él considera una auténtica actividad intelectual, y la describe como aquella que se dispara siempre ante la presencia de algo peligroso o azorante (1949: 62). Todos estos no son más que algunos ejemplos que señalan cómo, para Ortega, el tema de la autenticidad abarca distintos aspectos de la vida humana. Y si bien en cada uno de ellos —sea político, social, artístico, intelectual— la autenticidad tendrá sus particularidades, el concepto, en todos los casos, forma parte del modo en que Ortega desarrolla la ineludible exigencia que tiene el hombre de vivir de manera adecuada en los diferentes ámbitos y esferas de su vida.

Ahora bien, en el presente trabajo buscaremos centrarnos particularmente en un tipo concreto de autenticidad: la autenticidad del individuo, aquella coincidencia que el hombre debe buscar y alcanzar entre su vida actual —aquella que efectivamente vive— y su íntimo ser. Este tipo de existencia, que implicaría que el individuo lograra vivir una vida acorde a su ser íntimo y, por lo tanto, una vida buena y sincera, no le es dada hecha al hombre: él mismo debe alcanzarla. La búsqueda de una vida auténtica constituye, así, un problema en la vida humana, y es en este problema en el que Ortega profundiza en gran parte de su obra, y en el que, por lo tanto, consideramos necesario detenernos.

Con este fin, procuraremos, en primer lugar, repasar los aspectos principales del concepto de autenticidad individual presentado por Ortega y Gasset. Nos detendremos entonces en el concepto de *vida humana* al que Ortega alude, como así también en los conceptos de *proyecto vital*, *vocación* y *destino* utilizados por el filósofo. Sólo a partir de repensar estos conceptos buscaremos, en segundo lugar, reflexionar acerca de la llamada a la autenticidad individual que Ortega dirige al hombre de la primera mitad del siglo XX, época en que —considera— casi todos los esfuerzos del hombre van dirigidos a falsificar su propia vida, a huir de aquel que se debe ser, y a llevar adelante, por lo tanto, una vida individual inauténtica.

> 2. El fondo insobornable

Al hablar sobre la vida humana, Ortega y Gasset realiza una crítica a aquellos que reducen la explicación del concepto *vida* a una disciplina particular como es la biología. Considerar la vida de esta manera —afirma— implicaría reducirla a determinadas funciones vitales, corporales o psíquicas. Ortega sostiene que la vida es algo mucho más profundo que un conjunto de fenómenos

orgánicos e inorgánicos. En todo caso, estos fenómenos —al igual que otros elementos y modos de ser— se encuentran ya dentro de la vida ordinaria del hombre. La vida humana es, en cambio, aquel “hecho radical que envuelve y comprende todos los demás hechos; es aquello que es supuesto de todo lo demás”, (1931b: 501).

De esta manera, Ortega considera que, para el hombre, vivir no es simplemente tener vida, sino un modo de ser radical, individual, intransferible. Cada hombre vive por sí solo.

La vida es la de cada cual: cada cual tiene que irse viviendo la suya por sí solo. Nuestro dolor de muelas nos duele a nosotros y sólo a nosotros. El problema que tengo, la angustia que siento son los míos, y por lo pronto sólo los míos. [...] En última instancia y verdad, cada cual va llevando a pulso y en vilo su propia existencia. (1947: 424)¹

Es en este sentido que Ortega sostiene que la vida del hombre es radical soledad. Esto no significa que sea él la única realidad existente. Por el contrario, la soledad surge por el hecho de que existe un universo con todo su contenido, pero en el cual el ser humano debe encontrarse y arreglárselas solo con todo ello.²

El vivir humano es, entonces, siempre individual. Pero esta vida no le es dada hecha al hombre, sostiene Ortega. Se trata, en cambio, de un proyecto que el mismo debe buscar conocer y cumplir si desea llevar adelante una vida auténtica. Ortega introduce así el concepto de *proyecto vital*: la vida humana es, sostiene, en su raíz, proyecto. Y no se trata de un proyecto que pueda ser ideado por cada uno libremente, sino que éste es anterior al hombre y conforma su ser radical, el fondo insobornable de cada uno. Tampoco se refiere Ortega a un proyecto general de la vida humana: no se trata de un “hombre en general” que vive, sino que el proyecto vital es siempre singular, único e incanjeable, y le exige al hombre su ejecución. Por esta razón, Ortega sostiene que la vida del hombre es siempre quehacer, tarea constante. El hombre no es espectador de su vida, sino autor de la misma. Y la realización del proyecto vital es decisiva si el hombre desea llevar adelante una vida auténtica.

Ahora bien, este proyecto vital que conforma el ser individual de cada uno —y que cada hombre debe, por lo tanto realizar— es, entonces, también su destino, y como tal es siempre único, inalienable e intransferible. Cada hombre es *ese que es* inexorablemente. De esta manera, el destino no es algo externo que simplemente le sucede al hombre, sino que es justamente ese ser íntimo e insobornable que cada uno debe lograr hallar en el interior de sí mismo y que debe resolverse a ser si efectivamente quiere tener una vida auténtica.

Por ser siempre individual, no es posible pasar de un destino a otro: no hay escape, sólo cabe aceptarlo, dominarlo, hacerlo propio. Nadie puede vivir la vida de otro ni exigirle a otro que viva la propia. Cada uno está forzado a vivir su vida y a realizar su íntimo e individual destino. “Tú, lector, eres en última instancia alguien que tiene que llegar a ser esto y esto y esto. Si no lo

¹ Es importante aclarar que, si bien esta obra se publica bajo el título *En torno a Galileo* en 1947 (editándose una versión aun más completa en 1955), su contenido corresponde a una serie de conferencias brindadas por Ortega y Gasset entre febrero y mayo de 1933.

² En este sentido, en una carta enviada a Victoria Ocampo el 9 de octubre de 1941, tras confesarle estar atravesando “el momento más duro de su vida”, Ortega le comentaba: “Cuando las bases de nuestra vida se han roto o están gravemente enfermas, no es posible contar lo que nos pasa ni al mejor amigo porque no puede, sin más, entenderlo. Sería, sobre lo que sufrimos, falsificar nuestro sufrimiento y traicionarlo. No: hay que callar, aguantar y sumergirse en un rincón. Cada vida es intransferible y, por lo mismo, inefable”. (1974: 168-169)

logras, sentirás que tu vida no coincide con tu auténtico ser y la considerarás como fracasada, o lo que es igual, como una lenta o rápida desvirtuación de tu ser”, advierte Ortega (1930a: 972). La posibilidad del hombre de llevar adelante una vida auténtica radica entonces en lograr que coincidan su vida actual, la que efectivamente vive, y su ser radical e insobornable conformado por su proyecto vital.

Pero si bien el destino es intransferible, esto no quiere decir que en la vida del hombre exista una necesidad ineludible. Entre las posibilidades que la vida pone frente al hombre siempre existirá una jerarquía: algunas de esas posibilidades acercarán al hombre a su destino en mayor medida que otras. Sin embargo, siempre está en manos del hombre no hacer aquello que debe hacer y, en cambio, optar por aquellas posibilidades que lo conducirían a negarse a sí mismo. Porque lo propio del destino es que, siendo inexorable, permite al hombre que éste lo acepte o no.

Esta necesidad de elección deja de manifiesto que el hombre no está determinado a ser esto o aquello, o a realizar determinada acción. Si fuera así, o si simplemente se tratara de una única posibilidad, la vida sería pura necesidad. En cambio, el futuro del hombre se presenta siempre de manera plural. De hecho, aclara Ortega en *La rebelión de las masas*, aun cuando el mundo pareciera reducido a una única salida, siempre habría dos posibilidades: optar por esa salida o bien salirse del mundo (1930a: 396). Ortega insiste así en que la vida del hombre no se asimila a la bala de un fusil a la cual le es impuesta una trayectoria predeterminada. Por el contrario, el mundo le impone varias trayectorias posibles entre las cuales es él quien debe necesariamente elegir. Y en este punto sí radica su determinación: el hombre sí está forzado a elegir, a decidir a cada instante. “Vivir es sentirse fatalmente forzado a ejercitar la libertad, a decidir lo que vamos a ser en este mundo”, sostiene unas páginas más adelante (1930a: 401). En ese sentido, el hombre no sólo es libre, sino que lo es *fatalmente*.

Esta necesidad de descubrir el proyecto mismo de su ser y elegir cumplir con éste si desea llevar adelante una vida auténtica, conforma para Ortega un problema y a la vez una dificultad en la vida del hombre.

En primer lugar, esta necesidad de elegir constantemente resulta problemática porque el hombre es un ser dotado de libertad. De esta manera, aunque no puede sustituir su proyecto vital por otro, sí puede elegir libremente no realizarlo. Es decir, aunque no está en sus manos la determinación de aquello que debe realizar, sí está en sus manos la elección de realizarlo o no. El hombre, aún en la situación más difícil, siempre tiene margen entre aceptar cumplir con su destino íntimo o llevar adelante una vida ficticia, frívola, inauténtica. La libertad del hombre consiste así, no tanto en elegir entre posibilidades, sino en la capacidad de elegir no aceptar una necesidad.

Pero decíamos que, en segundo lugar, esta necesidad de decisión conlleva también una dificultad, dado que si bien la vida del hombre es quehacer, nadie le indica a éste qué es lo que efectivamente deba hacer. A cada instante el hombre se encuentra ante un ámbito de posibilidades más o menos amplio. Estas posibilidades no son indiferentes, sino que siempre hay entre ellas alguna que lo acercará más a su íntimo ser y que, por lo tanto, le permitirá llevar adelante una vida auténtica. De esta manera, entre las muchas posibilidades que se le presentan a cada instante, el hombre

debe acertar en decidirse por aquellas que son las auténticamente suyas; elegir entre todo aquello que *puede* hacer, aquello que efectivamente *debe* hacer. Pero la dificultad radica en que el hombre no posee la seguridad de que en cada decisión que toma está efectivamente acercándose a su íntimo y verdadero ser. Es decir, está forzado a elegir constantemente aun sin contar con la seguridad de que cada decisión que toma le permitirá tener, en efecto, una vida auténtica.

Ahora bien, esta inseguridad es esencialmente positiva para Ortega. Porque es justamente esta condición —la imposibilidad de aferrarse a auténticas seguridades— la que exige que el hombre no se paralice nunca. Su vida, que es siempre incertidumbre sustancial, consiste justamente en ser reacción a aquella esencial inseguridad de la cual está constituida. Vivir es saberse perdido, entender que a cada instante se puede fracasar, saber que lo único seguro es la inseguridad. Aquel que acepta esta condición ya ha comenzado a avanzar en la búsqueda de su íntimo ser. En cambio, “el que no se siente de verdad perdido se pierde inexorablemente; es decir, no se encuentra jamás, no topa nunca con la propia realidad” (1930a: 476)

A partir de estos elementos podemos ver que, para Ortega, en la vida del hombre existe una doble limitación. Por un lado, la limitación en cuanto a las posibilidades que están a su alcance. El entorno del hombre no le presenta posibilidades infinitas de acción. No todo quehacer es asequible a los hombres, sino que cada uno cuenta siempre con un número de posibilidades que, aunque pudiera ser amplio muchas veces, será limitado siempre. Pero, por otro lado, también su vida individual va sufriendo una limitación, y esto a partir de la necesidad de elección entre las posibilidades que encuentra ante sí en cada momento. Si es forzoso para el hombre estar decidiendo a cada instante lo que hará en el siguiente, se comprende que su vida consiste en limitarse él mismo constantemente. De esta manera, la vida efectiva del hombre es siempre una pequeña parte de su mundo, de su repertorio de posibilidades vitales. En la juventud la vida es pura posibilidad, pero en la medida en que la vida se desarrolla, el hacer mismo limita y determina. La vida va forzando al hombre a elegir, y por lo tanto es siempre limitación, *podando fatal* (1924: 708).

Ortega relaciona continuamente esta necesidad de limitación a partir de la decisión individual, con la posibilidad de llevar adelante una vida auténtica. Es que en la medida en que el hombre es pura posibilidad no es, por lo mismo, nada concreto. Pero desde el momento en que asume la tarea inevitable de decidir y, por lo tanto, de limitarse individualmente a partir de esta decisión, se va definiendo y va buscando ser aquello que es. De esta manera, esta limitación, en la medida en que proviene de decisiones que buscaron aproximar al hombre a su destino individual, lo acerca a su propia realización. En este sentido, Ortega sostiene que “la virtud del niño es el deseo, y su papel, soñar. Pero la virtud del hombre es querer, y su papel, hacer, realizar. El imperativo de hacer, de conseguir efectivamente algo, nos fuerza a limitarnos. Y eso, limitarse, es la autenticidad de la vida.” (1930b: 553).

Ahora bien, si la vida del hombre consiste en aceptar su limitación —e incluso en buscar él mismo la limitación de su vida por medio de la necesidad de decisión— parecería que el margen de libertad con el que cuenta es extremadamente acotado. E incluso, que en la medida en que a lo largo de su vida continúa *podando* posibilidades, ese margen se va restringiendo aun más.

Pero el concepto de libertad humana, tal como Ortega lo desarrolla, no es de ninguna manera incompatible con el de limitación. Para comprender esto será necesario detenernos en el concepto que libertad que Ortega presenta.

> 3. La libertad ante el cúmulo de posibilidades

Tal como hemos visto, Ortega sostiene que al hombre le es dada la vida, pero no le es dada hecha. Esto significa que es él mismo quien debe forjársela instante tras instante. El hombre vive siempre en una circunstancia determinada, y sobre el conjunto de posibilidades —limitadas— que ésta pone a su alcance debe, a su vez, decidir. Es decir, debe limitarse nuevamente. En esta necesidad de decisión, el hombre puede elegir intentar cumplir con su destino, o alejarse de él. Puede incluso elegir no seguir con vida. Pero lo que no puede hacer es no decidir. En otras palabras, el hombre es forzosamente libre. “Porque elegir es ejercitar la libertad, y resulta que eso —ser libres— tenemos que serlo a la fuerza. Es la única cosa para la cual el hombre no tiene últimamente libertad –para no ser libre.” (1947a: 1172)

Esto significa que, si bien la vida del hombre está determinada en algún sentido por las circunstancias, y que, además, el hombre está obligado a elegir entre ellas, existe siempre un margen que le permite decidir si llevará adelante un vida acorde al proyecto vital, a su destino —es decir, si llevará adelante una vida auténtica—, o si, en cambio, actuará contrariamente a ese proyecto y llevará adelante, entonces, una vida ficticia. Este margen que existe, que está en manos del hombre, es la libertad.

Nuestra vida va puesta por nosotros a una u otra meta. La elección de blanco no será totalmente libre; las circunstancias limitan el margen de nuestro albedrío. Pero ha sido una tenaz ceguera de los ideólogos atender sólo a esta limitación de la libertad vital y no advertir que también está limitada la fatalidad, que nunca nos determina completamente, sino que en todo instante y situación no sólo podemos, sino que inexorablemente tenemos que elegir lo que vamos a hacer. (1929: 737)

La libertad consiste, entonces, en la superación de la vida vista exclusivamente como limitación. Frente a la limitación propia de las circunstancias que le son impuestas al hombre, y a la tarea ineludible de la decisión como pura necesidad, encontramos una visión de la libertad como ampliación y mejora de la limitación propia. Porque para Ortega

no tiene sentido hablar de libertad sino junto a la fatalidad. En un mundo donde no existiese la necesidad, el *fatum*, no habría de qué libertarse. La libertad es siempre la evasión de una necesidad, el abandono de una cadena. En un mundo fofo, sin férrea consistencia, no hay libertad. (1927: 772)

En esta concepción de la libertad, las circunstancias son tomadas como posibilidades entre las cuales el hombre tiene no sólo la obligación, sino también el privilegio de tener que elegir. Con esta valoración de la decisión, se piensa el futuro como una utopía incitadora que llevaría al hombre a querer realizar voluntariamente el esfuerzo de decidir. Porque el hombre libre

comprende que “hay, pues, una perfección que se conquista a fuerza de limitarse” (1919: 360). De este modo, la vida de todo hombre tendría un ideal al cual aspiraría —la completa realización de su proyecto vital—, y que lo incitaría a decidir a cada instante buscando mantenerse fiel a su destino individual.

Si la vida es una permanente limitación entonces es necesario que ésta lleve al hombre por el camino de la autenticidad, por la elección de realidades que le permitan cumplir con su proyecto vital y no por aquellas que compensan ese proyecto con posturas fingidas que lo conducen únicamente a tener una vida espectral. Para poder lograr que la limitación conduzca al hombre a alcanzar una existencia auténtica, es necesario que éste se mantenga siempre fiel a su vocación individual.

> 4. La fidelidad a la vocación

Ortega insiste en que el hombre se ve obligado a elegir a cada instante. Y para esto, se representa en su fantasía muchos tipos de vida posibles, acorde a las circunstancias que le son dadas. Entre estas posibilidades, habrá algunas que llamarán más su atención, que lo atraerán más. Es decir, aunque la vida le presenta al hombre diversas posibilidades, éstas se presentarán siempre con algún tipo de jerarquía. Y habrá entre ellas alguna que le represente aquello que efectivamente tiene que ser: “Esta llamada hacia un cierto tipo de vida o, lo que es igual, de un cierto tipo de vida hacia nosotros, esta voz o grito imperativo que asciende de nuestro más íntimo fondo es la vocación.” (1934:298)

Ortega describe, así, la vocación como aquella voz interna que le indica al individuo cuál, entre esas posibilidades que la vida pone frente a él, es aquella que es más suya, cuál da más realidad a su vida. Sin embargo, “la mayor parte de los hombres se dedica a acallar y desoír esa voz de la vocación. Procura hacer ruido dentro de sí, ensordecerse, distraerse para no oírla y estafarse a sí mismo sustituyendo su auténtico ser por una falsa trayectoria vital” (1947: 483). Y aún así, todo hombre, en su más íntima conciencia, sabe quién es ese que debe ser. No hay vida humana sin vocación, sin aquella llamada íntima a cumplir con el propio destino.

Ahora bien, si como ya dijimos el hombre es un ser libre que puede o no cumplir con su destino individual, se entiende entonces que aquello que aproximaría al hombre a cumplir su vocación no es algo impuesto, sino propuesto. Pero no se trata de una propuesta sin más: Ortega insiste constantemente en la necesidad de cumplir el proyecto de existencia individual como único modo de tener una vida auténtica y, en consecuencia, feliz. Por lo tanto, paradójicamente, es una propuesta a la realización de una necesidad, de un imperativo que no está en manos del hombre determinar, sino solamente elegir actuar conforme a él o no. La autenticidad sería la elección del ser íntimo, y consecuentemente, la fidelidad a la vocación que orientaría al hombre a la realización de ese sí mismo que está llamado a ser.

En este punto, es necesario aclarar que, para Ortega, la vocación no significa el realizar un oficio determinado. Un hombre puede ser maestro, médico, artista, pero estos nombres refieren, en

todo caso, a la ocupación en la que pueda desarrollar su vida. Se trata siempre de ocupaciones genéricas. Y lo cierto es que no se tiene vocación de ser, por ejemplo, genéricamente un maestro sino, por el contrario, de serlo siempre de forma individual y concreta. Es decir, la vocación implica siempre la llamada a una trayectoria individual y nunca a una universal. Por esta razón, jamás podría ésta encontrarse bien expresada en los nombres de las diferentes ocupaciones vitales, sino que hay siempre innumerables modos individuales —aunque no necesariamente exclusivos— de llevar esta ocupación adelante.

Por otro lado, la vocación individual excede por mucho aquella única ocupación vital que se expresa en el nombre de un oficio. Si volvemos a la definición dada por Ortega, queda de manifiesto que la vocación tiene que ver con la llamada de un cierto tipo de vida hacia el hombre. Está anticipa de manera íntegra lo que un hombre debe ser, y esto comprende inevitablemente una porción de dimensiones vitales que no se encuentran incluidos en el nombre o idea de los oficios en que cada hombre pueda ocupar su vida.

La vocación estricta del hombre es vocación para una vida concretísima, individualísima e integral, no para el esquema social que son las carreras, las cuales, entre otras cosas, dejan fuera muchos órdenes de la vida sin predeterminarlos. Por ejemplo, el ser médico no implica si se va a casar el hombre o no. (1934: 301)

La vocación consiste entonces en aquella llamada a ser un ente individual y único, llamada que excede la simple profesión u oficio y que, en cambio, abarca diferentes ámbitos de la vida humana.

Es claro que las circunstancias propias del hombre facilitarán o dificultarán la realización de aquella posibilidad que se presenta, a cada instante, como necesaria en la vida individual del hombre. De esta manera, cuando el ser íntimo del hombre, aquel que le empuja al cumplimiento de su vocación individual, logra coincidir con la circunstancia, el hombre siente un bienestar íntimo que es lo que Ortega llama *felicidad*. Por el contrario, cuando la circunstancia rechaza la posibilidad de cumplir con el proyecto vital que le es propio —o, en otras palabras, con alguna de las posibilidades que lo llevarían al cumplimiento de su vocación— el hombre no logra ser aquello que verdaderamente es. Cuando esto sucede, el estado en el que se sumerge el ser humano es la infelicidad.

Cabe recordar en este punto que la vocación forma parte de aquel fondo insobornable de cada hombre al que éste puede elegir dar lugar o no, mientras que la felicidad es aquel bienestar que el hombre experimenta cuando logra, efectivamente, el cumplimiento de esa vocación. Por esta razón, no se trata, para Ortega, de una contraposición en el hombre entre un estado de absoluta felicidad o de absoluta infelicidad. Por el contrario, el hombre es continuamente felicidad e infelicidad. Todo aquello que hace y piensa, lo hace y piensa con el afán de buscar la felicidad y evitar, asimismo, la infelicidad. Esto explicaría por qué para Ortega no existe una definición de lo que sea la felicidad a partir de un atributo particular. Desde el momento en que ésta consiste en la coincidencia del hombre con su circunstancia individual y propia —aquella que le permite en cada caso la realización de su proyecto vital—, no existe un atributo por medio del cual se la pudiera definir de manera universal. En todo caso, sostiene Ortega, la felicidad “es en cada individuo labor original y creadora”. (1918: 172)

La felicidad es, entonces, para Ortega, una necesidad para el hombre en tanto aspiración, en tanto deseo imprescindible que le produce el deseo de atender a su vocación, y orientar su vida al cumplimiento de su proyecto vital individual. Se trata de una finalidad radical en función de la cual se encuentran otras necesidades y otros deseos secundarios.

Y sin embargo, no todos los hombres aceptan el esfuerzo que esta aspiración conlleva. Prefieren, en cambio, desatender su vida espontánea, su íntimo ser, y ahorrarse así el desgarramiento y la inseguridad que conlleva el buscar conocer y cumplir el proyecto vital individual, el dar lugar a la vocación, y llevar adelante, sólo así, una vida auténtica. Ortega sostiene que cuando esto ocurre, cuando el programa vital con el cual se oprime a la circunstancia no es auténticamente suyo, el hombre falsifica su vida. Este será, en buena medida —considera Ortega— el problema del hombre en la primera mitad del siglo XX.

> 5. La falsificación de la vida, un problema actual

Una de las formas más habituales que tiene el hombre de no hacerse cargo de su vocación y destino individual, y por lo tanto de ser inauténtico, es la de imitar vidas ajenas. Esto le permite evitar aquel esfuerzo creador que implica conocer las propias circunstancias y elegir entre ellas corriendo el riesgo de equivocarse.

Ortega sostiene que son muchos los hombres que, en lugar de buscar realizar su proyecto vital individual, se pasan la vida esforzándose en fingir ser alguien que no son. Este es de hecho, como dijimos, el problema de la primera mitad del siglo XX para Ortega. Se trata de una época donde casi todos los esfuerzos van dirigidos a huir del propio destino, a evitar ser aquel que se tiene que ser. El hombre sigue la corriente y se deja arrastrar en cuestión de ideas, políticas, usos sociales. Cuando esto sucede, el hombre se niega a sí mismo y lleva adelante una vida inauténtica. Va llevando su vida de falsas ocupaciones, y no logra adscribirse a ninguna de ellas por completo. Un día tiene una ocupación y al día siguiente otra y otra, porque ninguna de ellas surge de su íntimo destino. Y es el destino “la única gleba donde la vida humana y todas sus aspiraciones pueden echar raíces. Lo demás es vida falsificada, vida al aire, sin autenticidad vital” (1930b: 565).

En este sentido, autenticidad es sinceridad. Es decir, no sólo se necesita que el hombre tenga un programa sino, además, que ese programa sea sincero. Y es sincero cuando se quiere aquello que se es. Cuando es así, se toman las decisiones que se entiende que deben tomarse, y no en cambio decisiones canjeables por otras por simple imitación de un modelo adoptado. La vida imitada es siempre falsificación de la propia vida. Ahora bien, en este sentido, cabe aclarar que Ortega se encarga de señalar en más de una ocasión que no es en absoluto problemático —sino todo lo contrario— el observar y tomar como modelo vidas ajenas. Pero el esfuerzo creador es siempre individual, y por lo tanto contradictorio con cualquier tipo de adopción de la vida ajena como si fuese vida propia.

Ortega compara la falsificación de la vida con un suicidio parcial. Aun en los casos en que el hombre decide de modo insensato, aquello que elige pasa igualmente a formar parte de su ser.

Esta elección, en lugar de acercarlo a aquella óptima realidad que era posible ser, lo convierte en un personaje inferior. Esto, para Ortega, implica que el hombre ha aniquilado una porción de su verdadera vida. “Hemos vulnerado nuestra propia persona, hemos practicado un suicidio parcial y la herida queda abierta para siempre.” (1947a: 1173.)

El hombre que comete este suicidio parcial, aquel que imita y falsifica su vida, no se esfuerza por lograr ser el que íntimamente es, sino por vivir como si de hecho ya fuera aquel que imagina ser. Cuando esto sucede, se vive sumido en una imagen, y por lo tanto la vida queda paralizada. En estos casos, la forma más simple de convencer y convencerse de que se vive efectivamente aquella vida que se imita es la de adoptar el gesto correspondiente. Lo que se busca es convencer al resto de los hombres de que se es alguien diferente de quien efectivamente se es.

Sin ir más lejos, en este mismo punto radica una de las críticas que, en 1929, Ortega realizará a los argentinos en relación su falta de autenticidad. En su segundo viaje a este país, Ortega sostenía que, al hablar con un argentino, uno podía notar que en éste existía un divorcio: de un lado, nos encontrábamos con su *yo* interno -auténtico y real-, y del otro con su *yo* externo -la pura apariencia-. El primero no aparecía nunca, el segundo aparecía sobremanera. Así, al encontrarse frente a este hombre sucedía lo siguiente:

Notamos como si aquel hombre, presente ante nosotros, estuviese en verdad ausente y hubiese dejado de sí mismo sólo su persona exterior, a la periferia de su alma, lo que ésta da al contorno social. En cambio, su intimidad no está allí. Lo que vemos es, pues, una máscara y sentimos el azoramiento acostumbrado al hablar con una careta. No asistimos a un vivir espontáneo. [...] En suma, notamos falta de autenticidad. La palabra, el gesto no se producen como naciendo directamente de un fondo vital íntimo, sino como fabricados expresamente para el uso externo. (1929: 741)

Pero más allá del caso de la Argentina —país con el que Ortega mantendrá una larga e íntima relación— el filósofo manifestaba una especial preocupación por la falta de autenticidad del hombre en las sociedades de esta primera mitad del XX. En ellas, consideraba, el advenimiento de las masas en el poderío social iba poco a poco conformando el carácter definitorio de una época. Se debe tener presente que, al decir esto, Ortega no se refería a antiguas herencias coloniales, y mucho menos a una división de la sociedad en términos económicos. Ortega consideraba que lo que hacía falta en estas sociedades era un tipo de hombre, aquel que se exigía a sí mismo excelencia, el cumplimiento de su vocación, y que aceptaba libremente el esfuerzo que esta vida auténtica requería.

Ortega sostiene que cuanta más distancia hay entre la vida efectiva del hombre y aquello que debería ser, más dolor, angustia, malhumor y vacío se sienten. Uno puede ver en aquel hombre que se ha alejado de su contorno su mal humor, su tiesura, su gesto amargo. Este hombre ha abandonado su proyecto vital, lo ha reemplazado por otro y se ha arrebatado así su propia existencia. No se adscribe de manera definitiva a ninguna tarea por no conformar ninguna de ellas su destino vital. Su vida adquiere entonces un carácter espectral. Entonces, aunque a primera vista pareciera que la falsificación de la vida podría suponer una menor angustia en la vida humana —en la medida en que se evita aquel desgarramiento y esfuerzo constante que una vida

auténtica supone— Ortega sostiene lo contrario: una vida de este estilo conduce al hombre a la infelicidad y el sufrimiento. Estos, entre otros signos, le van dando aviso al hombre de que se ha alejado de su vocación y de la autenticidad de su vida.

Si la vida humana es limitada, es preciso cargarla de realidades, sostiene Ortega. Y en este sentido, Ortega llama al hombre del siglo XX a no vivir una vida ajena como si fuera propia, a no figurarse creer lo que no cree, ni llenar el tiempo de su vida con acciones que lo alejan de su vocación individual. En cuanto el hombre se aparta de su destino individual, se resigna a no vivir una vida plena. Su vida será una constante huida. Cada cosa que haga, cada actividad que realice, cada gesto que adopte, no será para satisfacer o dar lugar a ese *yo* auténtico. Por el contrario, lo que constantemente buscará será llenar aquel vacío provocado por la distancia entre su vida efectiva y su íntimo ser, e intentará neciamente reemplazarlo con otra cosa. Y el fondo insobornable que actúa incesantemente en el interior del hombre, jamás abandonará la protesta, afirma Ortega. Porque “la existencia es demasiado breve para que la gastemos en ensayos, en fingimientos, en hacernos la ilusión de que nos contenta y satisface lo que apenas roza nuestros nervios.” (1916: 549). La urgente demanda del hombre a la vida debe ser la de alcanzar la felicidad, y eso implica que éste debe escuchar, inevitablemente, el imperativo de autenticidad que surge de su íntimo ser.

De esta manera, Ortega manifiesta cómo una vida falsificada, imitada, llevaría al hombre a ser infiel consigo mismo. Y a causa de esta inautenticidad, su vida estaría colmada de infelicidad y angustia. Pero la pregunta que surgiría entonces sería por qué los hombres elegirían una vida de este estilo en lugar de una vida auténtica que los encaminaría hacia la felicidad. Y Ortega responde que el hombre tiene miedo a la soledad de su vida. Prefiere huir de ella y del esfuerzo que ella reclama. Con este fin, cambia su auténtico ser por el ser de otros, por el de la sociedad. Esto supone una divisoria fundamental en la vida humana, que es la que se establece entre el ámbito de la intimidad y el ámbito que envuelve al hombre, entre el *yo* vuelto hacia sí y el mundo como espacio de confrontación y acción (Cfr. Álvarez González, E., 2012: 172). A estos dos movimientos en la vida del hombre, Ortega los denomina, respectivamente, ensimismamiento y alteración. La vida humana va y viene entre ambos modos y cada hombre es, a cada instante, una ecuación entre lo que es por cuenta suya –lo que piensa, siente, hace con plena autenticidad- y lo que es por cuenta de la gente, de la sociedad.

En este sentido, para Ortega, lo que el hombre debe buscar no es olvidarse del entorno y ensimismarse continuamente, sino en todo caso, aun contando con una existencia que implica siempre una circunstancia y un entorno que le son propios, no dejarse sin embargo arrastrar por la dinámica de la sociedad. El hombre, antes de actuar u opinar sobre algo, debe detenerse un instante y, en lugar de hacer o decir lo primero que viene a su mente, entrar en cambio en sí mismo y decidir él cuál será su siguiente acción. Esto le permitirá que no sea el entorno el que decida por él o lo empuje a actuar mecánicamente.

Sin embargo, hay, para Ortega —particularmente en las sociedades del siglo XX en que las masas parecen gobernarlo todo—, una exigencia del ambiente para que los hombres no se mantengan fieles a su programa vital. Y son los jóvenes —siempre queriendo ser otra cosa distinta de la que son— aquellos que más facilidad tienen para ser arrebatados y alejados de llevar adelante una

vida auténtica. En este sentido, en 1930, en *Misión de la Universidad*, se dirigía a los jóvenes de esta manera: “¡jóvenes, la vida auténtica consiste en la alegre aceptación del inexorable destino, de nuestra incanjeable limitación!” (1930b: 533). Ortega buscaba, así, realizar una llamada especial a estos jóvenes con el fin de incitarlos a buscar una vida auténtica, a no dejarse arrebatar la existencia sino, en cambio, a buscar cumplir cada uno con su íntimo destino. Porque, como expresa asimismo en 1933, “aceptar ligeramente modelar nuestra existencia en moldes ajenos es falsificarla, quitarle realidad.” (1933: 24).

En este punto, Ortega sostiene que, en estas sociedades, la mayor parte de la vida de los hombres está llena de ocupaciones forzosas, de trabajos que, si fueran fieles a su vocación, no realizarían. Estos trabajos, que simplemente llenan el tiempo de vida del hombre, parecen en realidad quitarle su tiempo. La vida empleada en el trabajo que el entorno exige no le parece al hombre una vida verdaderamente suya sino, por el contrario, la aniquilación de su auténtica existencia. Así, mientras se encuentra sumergido en este tipo de actividades, el hombre se proyecta en su fantasía otro tipo de vida colmada de ocupaciones en las que no sentiría perder el tiempo sino, por el contrario, ganarlo. Frente a las actividades *trabajosas* —en términos de Ortega— que el hombre realiza por exigencia del entorno, se encuentran aquellas actividades que se corresponden con la vocación del individuo. Actividades *felicitarías* a las que el hombre se entregaría por complacencia en ellas mismas y que desearía que no concluyeran nunca.

De este modo, se puede ver que no se trata únicamente de la vida de los jóvenes, sino que Ortega considera que la imitación y falsificación de la vida es una conducta recurrente en la mayoría de los hombres de esta época. Y en ese sentido, cabe destacar que éstos no sólo falsifican su vida a partir de las ocupaciones a las que se adscriben, sino que, incluso, la mayor parte de las ideas y sentimientos no provienen de cada hombre individualmente, sostiene Ortega. Más bien han caído en ellos, han sido recibidos, pero no provienen del fondo de su ser. Y si de hecho cada hombre vive con sus pensamientos y resulta que estos son falsos o vacíos, es evidente que un hombre que vive de esta manera se estafa a sí mismo. Por esta razón, es necesario que este hombre de vez en cuando haga un balance, a fin de no dejarse arrebatar la existencia.

> 6. Conclusión

Ortega concibe la primera mitad del siglo XX como una época donde casi todos los esfuerzos de los hombres van dirigidos a huir del propio destino, a evitar ser aquel que se tiene que ser. Esta es, de hecho, la línea en que Ortega realizará su crítica a las sociedades de masas propias de esa época.

Pero tal como hemos visto, el problema del hombre-masa para Ortega no se explica en términos económicos. Se trata, en cambio, de un tipo de hombre que se deja arrastrar, que elige no cumplir con su vocación y huye así de su íntimo destino. Y cuando esto sucede, cuando el hombre toma decisiones canjeables por otras, e imita —o simplemente sigue— vidas ajenas, el mismo falsifica su vida.

Tal como hemos visto, el problema de la falsificación radica, principalmente, en que la misma le quita realidad a la vida del hombre. Se trata de una farsa, de una vida fingida, en la que el hombre lo único que hace es estafarse a sí mismo. Esto conduce a la desmoralización y degradación, porque, como afirma Ortega, no es posible acomodarse a la falsificación de la propia vida sin haber perdido el respeto por uno mismo.

En su llamada a las sociedades del siglo XX, Ortega clama por la aparición de lo que él denomina *héroes*: aquellos hombres que logran separarse de la costumbre y de los mandatos o tradiciones de la sociedad, e incluso de las presiones externas, para decidir desde su íntimo ser. Debemos recordar, sostiene Ortega, que todos los grandes ejemplares humanos han decidido libremente eludir la comodidad, y han aceptado, en cambio, la batalla y el esfuerzo que conlleva el cumplimiento del íntimo destino (1924a: 834).

La llamada de Ortega es entonces a la sinceridad con uno mismo, a evitar todo tipo de suplantación y a dirigir la mirada al ser íntimo e individual. Sólo de esta manera, rehuyendo de la comodidad y aceptando el constante esfuerzo que supone alcanzar una vida auténtica, el hombre podrá orientar su vida hacia la felicidad.

> Bibliografía

Primaria

- » Ortega y Gasset, José (2004-2010), *Obras completas*, Tomos I-X, Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus. En particular, se han consultado las siguientes obras (se indica el número de tomo en romanos y número de página en arábigos):
- » - *[El novecientos]*, (1916), VII, 543.
- » - *Conferencia*, (1918), III, 169.
- » - “Leyendo *Le Petit Pierre*, de Anatole France”, (1919), II, 359.
- » - *Prólogo a Historia de la Filosofía de Karl Vorländer*, (1922), III, 397.
- » - “El origen deportivo del Estado”, (1924), II, 705.
- » - “El sentido deportivo de la vitalidad” (1924a), VII, 818.
- » - “Abenjaldún nos revela el secreto (Pensamientos sobre África menor)”, (1927), II, 759.
- » - “Intimidades”, (1929), II, 728.
- » - *La rebelión de las masas* (1930a), IV, 349.
- » - *Misión de la Universidad*, (1930b), IV, 531
- » - “No ser hombre de partido” (1930c), IV, 306.
- » - *¿Qué es conocimiento? (Trozos de un curso)*, (1931a), IV, 571.
- » - *El hombre y su circunstancia*, (1931b), VIII, 499.
- » - *Goethe desde dentro*, (1932), V, 107.
- » - *¿Qué pasa en el mundo? Algunas observaciones sobre nuestro tiempo*, (1933), IX, 9.
- » - “Sobre ensimismarse y alterarse” (1933a), V, 251.
- » - *Sobre las carreras*, (1934), V, 297
- » - *Ensimismamiento y alteración*, (1939), V, 525
- » - *La razón histórica [Curso de 1940]*, (1940), IX, 475.
- » - *Ideas y creencias* (1940a), V, 655.
- » - *En torno a Galileo*, (1947), VI, 369.
- » - *[Elegancia]*, (1947a), IX, 1172.
- » - *Alrededor de Goethe*, (1949), X, 58
- » Ortega y Gasset, J. (1974). *Epistolario*, Madrid: Revista de Occidente, pp.168-169

Secundaria

- » Álvarez González, E. (2012), “El fondo insobornable: el problema de la autenticidad en Ortega”, *Revista de Estudios Orteguianos*, N°25, pp. 163-182.

-
-
- » Aranguren, José Luis (1958). *La ética de Ortega*, Madrid: Cuadernos Taurus.
 - » Cambronero, M. (2006), "La vida como realidad radical. Un encuentro con el pensamiento de José Ortega y Gasset", *Revista Volubilis*, N°13, pp. 219-236.
 - » Campillo, J.M. (2004), "El concepto de vocación en Ortega", en J. González Sandoval Buedo (ed.), *Ortega y la filosofía española*, Murcia: Ed. Murcia, pp. 52-68.
 - » Cerezo Galán, P. (1984), *La voluntad de aventura*, Barcelona: Ariel Filosofía.
 - » Ferreiro Lavedán, M.I. (2005), *La teoría social de Ortega y Gasset: los usos*, Madrid: Biblioteca nueva.
 - » Gutiérrez Pozo, A. (1997), "La vida como origen de la filosofía y la filosofía como fundamento de la vida en el pensamiento de Ortega", *Revista venezolana de filosofía*, N° 25, pp.7-33.
 - » Naessens, H. (1991), "La estructura del acto libre en el pensamiento orteguiano", *Revista Discurso y Realidad*, Vol. VI N°1, pp. 33-45.
 - » Lasaga, J. (2006), *Figuras de la vida buena (ensayo sobre las ideas morales de Ortega y Gasset)*, Madrid: Editorial Enigma.
 - » Marías, J. (1973), *Ortega. Tomo I: Circunstancia y vocación*, Madrid: Revista de Occidente.
 - » Zamora Bonilla, J. (ed.) (2013), *Guía Comares de Ortega y Gasset*, Granada: Comares.